ECONOMÍA POLÍTICA. Las sociedades anónimas o el crédito y la riqueza en Chile.—Discurso leído en la conferencia pública celebrada por la Facultad de humanidades el 23 de diciembre de 1871, por don Marcial González.

I.

Si volvemos la vista veinte años atrás, y observando el camino que hemos recorrido, lo comparamos con el que en este tiempo han andado otros pueblos, no podremos menos de admirar el desarrollo extraordinario que ha tenido el nuestro en todas las esferas de su actividad, pero principalmente en las industrias y el comercio, el tráfico y los cambios, la instrucción y la riqueza tanto privadas como públicas. Este progreso es tan notorio que no há menester comprobarse con citas ni apreciaciones históricas o estadísticas. Basta haber vivido un poco y tener algo de memoria para conocer la enorme distancia que media entre el Chile de hoi y el Chile, por ejemplo, de fines del gobierro Bulnes. Mas que de toda otra época, es de ahí dedonde arrancan los adelantos positivos y múltiples que el país ha hecho y que bastarían a enorgullecernos si no creyéramos en la lei de la perfectibilidad y si no supiéramos que todo progreso "enjendra necesariamente" en la sociedad otros mayores y mas fecundos.

Hai, sin embargo, un punto en el que esos adelantos han sido mas notables y mas útiles por lo mismo talvez que eran en ese punto los menos apetecidos y los menos esperados. Al decir esto me refiero al crédito, que en aquella época no existia legalmente, i era apenas considerado como una quimera o como una peligrosa i falaz ilusión. Sin duda, señores, que no lo hableis olvidado. Tratóse entonces de fundar por una compañía a la vez colectiva i de accionistas i con el hoi tan conocido título de Banco de Chile la primera institucion bancaria ideada entre nosotros. El gobierno la autorizó; pero el alto comercio de Valpa-
raiso, que era en aquel tiempo como el cuarto poder del Estado, se propuso destruirlo minándola por su base, y a poco esfuerzo lo consiguió sin dificultad. Alarmado de los peligros del crédito o quizá por seguir gozando en paz de sus primicias, nombró una comisión de diez i seis de sus miembros mas respetables para que vinieran a representar al ejecutivo los graves inconvenientes de las bancos de emisión. La comisión llegó a Santiago y ajitó los ánimos, movió todos los resortes y el resultado fue que, a poco andar i revocando su anterior resolución, el gobierno acordó i decreció: “que el Banco de Chile no podría emitir billetes de crédito pagaderos al portador a la vista o a plazo, por no ser ellos admisibles en juicio, ni poder tampoco transferirse entre particulares por faltarles el endoso.”

Este decreto, que si no fuera el atraso del tiempo, parecería arrancado a la malquerencia por la emulación, lleva la fecha de 17 de abril de 1850 i figura en el Boletín de las Leyes, lib. 18, núm. 4.—La corte suprema, que dictaminó acusándoseado, se fundaba “en que el Banco tenía entre sus operaciones no solo las de cambio sino las de consignación i emisión de billetes, reunión, decía, que la lei no quiere se verifique directa ni indirectamente en caso alguno.” I por su lado, la comisión de comerciantes agregaba “que la circulación de billetes iba a irrogar al país los mayores perjuicios, i que si ella tuviese efecto, el comercio suspendería sus operaciones a crédito i la actividad de las transacciones mercantiles padecería con menoscabo de los intereses de todos.”

Mucho han variado las cosas de entonces acá, i tanto, señores, que cuasi somos hoy en esta materia el reverso de la medalla. Pero, ¿qué lei era aquella que suponia reñido al crédito con las consignaciones i los cambios? ¿Por qué no se ha observado después ni tampoco el supremo decreto citado, sino que, al contrario, se ha permitido i facilitado talvez hasta el exceso la circulación de la moneda fiduciaria? Los daños i peligros de su admisión ¿qué se hicieron? I ¿cómo es que la circulación de billetes prohibida entonces, lejos de restringir el crédito como lo aseguraba el alto comercio, lo ha fundado i desarrollado multiplicando los negocios con provecho mutuo de los banqueros i del país?

Cuestiones son éstas que pueden mirarse ya como de historia antiguía i que no hai para qué debatir, porque las luces i
el tiempo las han resuelto en el sentido mas satisfactorio. Yo no hago sino indicarlas como punto de partida de nuestra situación actual i solo para que se vea, con un ejemplo práctico, todo el camino que en pocos años hemos andado en materias de administración publica, como de teorías comerciales i de instituciones de crédito.

II.

Algo semejante ha sucedido con las sociedades anónimas. ¿Qué de dificultades para fundarlas i consolidarlas, comenzando por las del “Porvenir de las Familias!” ¿Qué de obstáculos i desconfianzas no han tenido que vencer! ¡cuántos empeños i propagandas i promesas de gruesos dividendos no se han necesitado para persuadir a los accionistas de las ventajas de la asociación! Va para treinta años, señores, que se fundó entre nosotros la primera sociedad por acciones. Fué una que se llamó Compañía de Dili- jencias, con capital de 40,000 pesos i cuyo objeto no era otro que conducir pasajeros i equipajes entre Santiago i Valparaíso. Si mis recuerdos no me engañan, las acciones fueron de 300 pesos i enormísimos los beneficios prometidos por los fundadores. Pero, sea que hubiese hipóbole en los cálculos o que la administración fuera poco capaz o poco diligente, el hecho es que en breve tiempo, en menos talvez de dos años, el capital de la empresa i sus decantados beneficios se convirtieron en humo, sin repartirse un solo dividendo. La sociedad colectiva de acarreadores no pudo soportar la competencia de los birlochos de Palma (asi como nuestros ferrocarriles de hoi no pueden, en ocasiones, vencer la competencia de las carretas de Loyola, especialmente para conducir objetos delicados o de gran volumen), i después de liquidarse i venderse sus existencias, solo vino a cubrirse a los socios, al cabo de veinticinco años, como siete pesos por cada acción de las emitidas i pagadas al iniciarse la empresa.

Igual o parecida suerte cupo a nuestro. “Ferrocarril Central,” la empresa que mas influjo ha tenido después en el desarrollo de la agricultura i del tráfico en Chile. Recordaréis, señores, que ella comenzó tambien como sociedad anónima, establecida en participación entre el gobierno i los ciudadanos, pero que fracasó con ese carácter, hasta que por la lei de 5 de noviembre de 1857 i la compra de las acciones particulares acordada por el congresó de
58, quedó constituida en empresa puramente fiscal, organizada por la administración y concluida de cuenta del Estado y con dineros tomados a préstamo del extranjero. Recuerdo que temiendo la reina completa del negocio, unas pocas acciones que yo tenía en ella hubo de venderlas con pérdida de 80 por ciento del capital pagado, pérdida que solo puede compararse con la de las mal aventuradas "Diligencias" de que acabo de hablaros.

Por desgracia, los resultados económicos de la medida aquélla han sido bien contestables y aún hoy mismo están dando campo a los debates de las cámaras y de la prensa. ¿Cuánto más no habría convenido entregar esa obra a compañías de capitalistas extranjeros asegurándoles un cinco por ciento de interés, como lo pedían entonces Campbell y Wheelwright? Por mi parte, yo no veo que hasta aquí la empresa, a pesar de su activa administración, deje beneficios como negocio remuneratorio, aunque es verdad que ha sido necesario habilitarla de cuanto le faltaba al entregarse al tráfico; y por esto mismo y creyendo que la utilidad es la única lei que preside a los trabajos industriales y que la energía del interés individual puede mucho más que los recursos y que la acción gubernativa, yo pienso que hoy se haría un gran bien al Estado enajenando esa empresa a compañías nacionales o extranjeras, pues que en tal caso nos quedaría el ferrocarril, que está ya vinculado al país, y al mismo tiempo aprovecharíamos su importe dedicándolo a otros objetos más reproductivos y no menos útiles.

Nuestro gran "Ferrocarril del Sur," que vino poco después, también se inició y hasta ahora subsiste como sociedad anónima, establecida entre el gobierno y los particulares con arreglo a la ley de 14 de agosto de 1855. Las acciones emitidas fueron cinco mil, con valor de 1,000 pesos cada una, y de ellas corresponden al Estado 3,742, y a los particulares las 1,258 restantes. Su valor total está pagado hace tiempo, y para cubrir al contratista los trabajos últimos, se emitieron además bonos por 1,500,000 pesos. De manera que la línea y su equipo cuestan aproximadamente hoy día como 7,000,000 de pesos.

En sus primeros años esta empresa atravesó un largo período de dificultades e entorpecimientos de toda especie; pero ligada la línea con el ferrocarril central y entregada su dirección a un hombre activo, hoy rinde buenos beneficios y sirve maravillosamente al desarrollo de la producción y del tráfico en las provin-
cias centrales de la república. Sus acciones, que en 1863 se vendían con baja del 50 por ciento, hoy se cotizan al 110 por ciento e no encuentran vendedores. En estos últimos años la empresa ha dado a sus accionistas un interés de 8 por ciento anual, fuera de un saldo de más de 80,000 pesos dejado como fondo de reserva, el rendimiento de la línea es mayor cada semestre.

Las 3,742 acciones correspondientes en este negocio al gobierno valen, pues, más de 4,000,000 de pesos. Y como el ferrocarril ya no ha menester de ayuda ni estímulos, porque su porvenir está asegurado con solo el incremento cada día mayor de mercederías y pasajeros, bien podría el Estado resolver la enajenación de sus derechos a compañías de capitalistas particulares. Así no solo tendremos el ferrocarril que está vinculado a la porción más rica y populosa de nuestro territorio, sino que podremos prolongarlo sin sacrificio hasta los Ángeles y Nacimiento; atenderemos al servicio de nuestra deuda y a otros servicios no menos importantes, como el de retribuir mejor a los preceptores primarios e crear la policía rural; no seguiremos haciendo al crédito apelaciones tan continuas e intemperantes y, sobre todo, la cuestión de dinero no seguirá siendo, como es hoy, la barrera insuperable de todas las mejoras trascendentales e urjentes.

Pero, señores, si los principios de nuestras sociedades anónimas fueron desgraciados e difíciles, andando los tiempos hemos visto que las compañías y los bancos de toda especie a que ellas han dado lugar, no solo se han fundado por docenas, sino que ya no hai quien desconozca los servicios que esos establecimientos prestan a todos los órdenes de la actividad y del progreso nacional. Si se ojea el Anuario Estadístico y se compara lo que fueron en 1851 y lo que son ahora las importaciones e exportaciones, la producción y el consumo, el comercio y el tráfico, las rentas privadas y los ingresos y gastos públicos, no podrá negarse que nuestro adelanto es evidente y que lo debemos no tanto a la paz y al desarrollo natural de la república, como a las sociedades colectivas e anónimas que, creando ferrocarriles i vapores para la locomoción, asegurando la propiedad i movilizándola, otorgando préstamos a la agricultura i al comercio en condiciones cómodas, enalteciendo las transacciones y trayendo del extranjero capitales e hombres útiles, han levantado las industrias todas i multiplicado en breves años i como por encanto los recursos i la fortuna del país.
Esto se ve y se palpa, señores; pero también se sabe con el proverbio que "no es oro todo lo que reluce." Las teorías y los hechos no siempre son correlativos y por eso es que, entre los que estudian la marcha social y económica de los pueblos, unos hai que solo encuentran ventaja en las asociaciones, al paso que otros objetan a esta forma nueva del progreso graves inconvenientes y hasta aseguran que sus beneficios solo son obra de la mentira o por lo menos de la exageración. La ciencia, es verdad, tratándose de la asociación de hombres o de capitales para objetos de industria, no ve sino un hecho que puede ser bueno, malo o indiferente, según los casos; pero ella no lo sanciona ni lo justifica sino cuando sus resultados son favorables al fin social y se conforman a la moral y al derecho. Ante la distinguida "Sociedad de Economistas de París," yo mismo he visto combatir el régimen societario y con excelentes razones al célebre Cernischi, que apoyándose en la teoría y la práctica europea, esclamaba: "En toda compañía que se establece por acciones las probabilidades de pérdida son mucho mayores que las esperanzas de buen éxito. El simple buen sentido lo dice y la experiencia lo prueba. Dejémonos, pues, de predicar la asociación y de presentarla como el primer signo del progreso y como la mejor fuente de prosperidad para los individuos y los pueblos. Nosotros los economistas (conclusa) no debemos recomendar el contrato de sociedad mas ni menos que el de locación o compra-venta."

III.

De igual modo se opinaba entre nosotros bien que por diversas causas, mal comprendidas las unas y peor explicadas o interpretadas las otras. Lo que ha sucedido en Inglaterra con las compañías comaneritarias (limited) y los ferrocarriles y las fábricas que han cubierto su territorio arruinando por lo común a los empresarios; en Francia con las sociedades del "Crédito Mobiliario i de "Almacenes Generales" e otras; en los Estados-Unidos con los bancos de emisión y con la mayor parte de sus vastos y mal retribuidos caminos de hierro; pero sobre todo, lo que había pasado entre nos otros mismos, justificaba de sobra esos temores, nacidos aquí de la escasez de capitales e industrias productivas, tanto como de una cuerda e bien entendida prevision. Un pueblo pobre, por mas que desee trabajar para adquirir y mejorar su condicion, si es discreto,
no se aventura fácilmente en negocios problemáticos. Por eso es que las asociaciones comerciales e industriales se proponían entre nosotros, pero no se aceptaban ni con beneficio de inventario, porque nuestros capitalistas, no creyendo más que en las ganancias del dinero a crédito y de las engordas o las siembras, no podían tener fe sino en el éxito de las industrias y negocios conocidos, ni creían en otra eficacia útil que la de la responsabilidad propia y la del interés individual conocido e tangible.

I era natural que así sucediese, porque dejando a un lado los ejemplos y teorías extrañas, hai de ordinario gran diferencia en los resultados del trabajo de aquel que gobierna sus propios negocios y del que solo administra los ajenos. Todos lo sabemos: la garantía como las probabilidades de acierto son mucho mayores en la gestión del comerciante, del prestamista o del hacendado o molinero que en sus industrias respectivas comprometen su nombre y su fortuna, que en la jerarquía irresponsable de los que dirigen sociedades colectivas o anónimas en que tienen participación o sueldo, pero de cuyas faltas de gestión no responden. Y en las que los accionistas o comanditarios sólo son obligados por el valor de sus acciones. Es un hecho que en este caso no hai verdadera responsabilidad de parte de los individuos, porque la sociedad o el ser moral es el único comprometido, lo cual abre además ancho campo a los abusos y temeridades de que se han visto e siguen viéndose aquí y en todas partes frecuentes e dolorosos ejemplos.

Sucede, empero, que en los pueblos como en los individuos cada edad tiene sus exijencias, que el progreso tiene también leyes que, cuando no se aceptan, se imponen, y que en materia de crédito y de asociaciones, como en otras materias, la verdad se encuentra más a menudo en la lógica de los acontecimientos y en la satisfacción de necesidades verdaderas que en la rígidez de los sistemas radicales o demasiado absolutos. Sea lo que fuere del crédito mal comprendido e practicado sin cordura ni buena fe, era innegable la utilidad, o más bien, la necesidad de las asociaciones en países nuevos como el nuestro, donde las industrias y el comercio apenas empiezan a tomar el vuelo apetecido; donde son escasos el arte e la ciencia que multiplican los productos, y donde el alto interés del dinero dificulta los negocios porque faltan los capitales e aun los hombres que debieran impulsarlos e vivificarlos. Las asociaciones de la U.
ciones han venido, pues, a pesar de los obstáculos y han venido oportuna y felizmente, como que sin ellas y sin las facilidades que han dado al crédito, no tendríamos lo que tenemos hoy: bancos de todas clases, ferrocarriles, compañías de navegación a vapor y de esplotaciones mineras, sociedades carboníferas, de fomento agrícola, de seguros de toda especie y de consignaciones y depósitos, teatros y clubs, diques flotantes, muelles etc., etc.; ni se habría emprendido tampoco una sola de esas vastas y fecundas especulaciones que, para plantearse como corresponde, exigen fortunas colosales que los individuos aislados rara vez poseen y que solo pueden obtenerse mediante la asociación. Sin ellas, sobre todo, las industrias y el comercio no hubieran salido de la rutina, ni levantándose en muchos años a la altura que hoy tienen; los negocios y la propiedad no se habrían restablecido de la postreación en que les dejó el quebranto de 861 y los cambios y el crédito, basados en la moralidad y la verdad, no habrían venido a duplicar, como lo han hecho, las energías del trabajo y de la producción.

Los mismos temores y desconfianzas y hasta la ojeriza de los legisladores han influido también por largo tiempo contra el espíritu de asociación en Inglaterra. A pesar de la sencillez y las ventajas de las compañías industriales y cooperativas y de la facilidad con que muchas de ellas realizan su objeto, han corrido allí largos años antes que la confianza pública y las leyes viniesen a aceptarlas y a sancionarlas. Aun los privilegios inherentes a las antiguas corporaciones se les han negado o solo se les han otorgado muy poco a poco y como a pesar de la autoridad. Las sociedades colectivas han corrido igual suerte que las anónimas, y así es que puede decirse que la tendencia de la legislación inglesa a este respecto, lejos de fomentar esos sociedades, no ha hecho otra cosa que dificultarlas e combatirlas.

"No hace veinticinco años (dice un notable escritor inglés, sir W. Brabook), las sociedades de accionistas no podían constituirse en la Gran Bretaña sino por un documento privado, en que los suscriptores se afianzaban, hasta con su último chelin, todas las deudas contraídas por cada cual de ellos a favor de la sociedad. En 1844 el Parlamento ordenó el registro y la publicidad de esas sociedades; pero nada hizo para restrinir la responsabilidad mancomunada de sus miembros. Solo desde 1855 y por la ley de garantía limitada (limited liability act), vino a permitirse a
un individuo asociarse con otros sin correr el peligro de arruinar-
se por completo; pero solo desde 1862 la legislatura reconoció a
una compañía de accionistas el derecho de obrar en nombre pro-
pio i sin tener que recurrir a las ficciones legales. Aun mas toda-
vía, cinco años mas tarde, esto es, en 1867, solo ha venido a
permitirse en Inglaterra la sociedad comanditaria admitida por la
legislacion francesa desde muchos años antes."

Se ve, pues, que la asociacion para fines industriales o comercia-
les es un hecho nuevo aun en los pueblos que hoy abren la marcha
de la civilizacion. ¿Qué tendria entonces de extraño que lo fuese
en Chihle? La responsabilidad ilimitada de los accionistas, por una
parte, i por otra el carácter anómalo i peligroso de algunas de esas
sociedades, no han podido menos que ser obstáculos poderosos
para su desarrollo. El recelo con que se miraban por do quiera
nacia de su vasta esfera de accion i no pocas veces tambien, del
poco credito o falta de competencia de sus fundadores i ad-
ministradores. Pero la ciencia i la experiencia han ido mejorando
las practicas societarias, i la responsabilidad que entre nosotros
no concluye nunca, según el art. 23 de nuestra lei, en las socie-
dades inglesas hoy está limitada solo al valor de las accioncs de
cada socio i no dura sino hasta un año después que deja de for-
mear parte en la sociedad: Toda compañía industrial o comercial
fundada por accionistas se hace corporacion reconocida por la lei
o por el gobierno, tiene su sello propio i puede adquirir propieda-
des territoriales; demanda o es demandada en juicio por su razón
social, aumenta su capital según le conviene, guarda sus reservas
i divide sus utilidades o se liquida en la misma forma en que lo
hacen las sociedades fundadas entre nosotros con arreglo a la lei
de noviembre de 54. Esto prueba que la forma i la dirección de
las sociedades anónimas han venido progresando simultáneamente
i que con ellas ha debido progresar a la vez la legislacion que se
habia hecho insuficiente para corresponder al desarrollo social i a
las exijencias cada dia mayores de la industria, el comercio i el
tráfico de los pueblos.

IV.

Entremos ahora en un examen lijero pero detallado de las
varias instituciones de credito i companías industriales o mar-
cantiles que han venido fundándose en Chile conforme a la lei de 1854 i a las disposiciones correlativas de nuestro código de comercio. Llámense sociedades anónimas, porque como sabéis, señores, “ellas carecen de nombre propio, solo se conocen por la designación del objeto de la empresa i son personas jurídicas administradas por mandatarios revocables, constituyéndose mediante la creación de un fondo común suministrado por accionistas que responden únicamente hasta el entero de sus acciones.” (Artículo 1.° de la lei).

Tenemos en ese carácter, como empresas de acarreo, los ferrocarriles de Copiapó i el de Santiago a Curicó, el urbano de Valparaíso, el de Tongoi a Tamaya i los de Coquimbo, Carrizal i Cerro Blanco, las “Compañías nacionales de vapores” al norte i sur i la “Compañía americana Sud Pacífico.” Para la reparación de naves contamos las de los “Diques flotantes de Valparaíso;” para fundir cobres i producir carbon mineral la “Sociedad esplotadora de Loit i Coronel;” i como fundaciones creadoras o dispensadoras de crédito, poseemos el “Banco Nacional de Chile,” el “Banco de Valparaíso,” la “Compañía chilena de consignaciones i depósitos,” el “Banco Agrícola,” el “Banco Garantizador de Valores,” el “Banco Mobiliario,” el “Banco del Sur” i hasta la “Bienhechora” i el “Banco del Pobre.” Tenemos, además, como establecimientos particulares de emisión, el Banco de Edwards i C.*, el de Matte, Mac-Clure i C.*, el de Ossa i C.* i media docena mas de casas bancarias de préstamos i descuentos, fundadas colectivamente o por comanditas, pero cuya razón social envuelve la responsabilidad absoluta de los capitalistas que las administran en su propio nombre.

Casi no necesito decirlo, señores: entre estas importantes i variadas asociaciones la más notable de todas es el “Banco Nacional de Chile,” empresa gigantesca de simples particulares, pero que no honra menos a sus fundadores que al país, i que a más de sus cincuenta jefes de Valparaíso i Santiago, cuenta con cuatro sucursales en las ciudades de Coquimbo, Talca, Chillán i Concepción. Iniciado en 1858 con solo el fondo de 500,000 pesos, tiene hoy un capital efectivo de mas de 3,000,000, sin contar su reserva que es bien considerable. Sus depósitos pasan de 13,000,000 de pesos i sus acciones importan la responsabilidad sólidamente garantida de 9,000,000 de pesos, cotizándose hoy en la plaza con un premio
de 160 por ciento sobre el capital pagado, pero aun a ese alto precio no se encuentran vendedores.

Por la variedad y el número de sus asociados como por su situación excepcional, este banco ha prestado a la industria y al comercio servicios eminentes y seguirá prestándolos con las mismas y aun mejores condiciones que podría hacerlo un banco del Estado; pues que su clientela está en todo el país, comenzando por el gobierno, que tiene allí la cuenta corriente de los dineros públicos, y concluyendo por las corporaciones, municipios y casas mercantiles o de opulentos particulares que le toman préstamos o le confían la guardia de sus fortunas. Por eso sus transacciones se elevan ordinariamente a más de la mitad del monto total de las transacciones bancarias de Chile.

El 1.º de enero de este último año sus billetes en circulación subían al 62 por ciento del total emitido por los otros seis bancos de su especie, su jiro entraba por 46 por ciento en el jiro de todos los demás bancos y su metálico en arcas por 63 por ciento del que existía en todas las otras oficinas bancarias. Sus obligaciones para con el público montaban en esa fecha a 14.499.000 pesos, sus billetes circulantes a 2.645.000, su numerario a 1.801.000, su capital efectivo y de reserva a 2.900.000 y su jiro total a la gruesa suma de 17.743.000 pesos que, según ya dijimos, es casi la mitad del total jiro de nuestros bancos de emisión, cuyos negocios en junio subieron el año pasado a la cifra de 39.353.000 pesos. Para concluir, solo agregaré que este banco está íntimamente relacionado con grandes establecimientos europeos de igual clase, que sus jiros por letras de cambio no bajan de 3.600.000 pesos anuales, y que, desde su fundación hasta hoy, ha contribuido siempre a los accionistas con un interés que pasa del 18 por ciento sobre el capital pagado a cuenta de sus acciones.

V.

Al Banco Nacional de Chile sigue inmediatamente en importancia el Banco de Valparaíso y el de Edwards y C.º, aquél con un capital efectivo de 2.240.000 pesos y haciendo transacciones anuales por 6.377.000 pesos, éste con 1.883.000 de capital y un jiro aproximativo de 6.145.000 pesos por año; aquél con cerca de 4.000.000 de pesos adeudados al público y con 462.000 pesos de billetes en circulación, éste con una emisión fiduciaria de 592.000
pesos i además 4.800.000 pesos por valor total de sus depósitos i obligaciones de caja.

En pos de los mencionados entran por orden el Banco de Matte, Mac-Clure i C.*, con un jiro total de 2.580.000 pesos; el de Ossa i C.*, con 2.316,000 pesos; el Banco Agrícola, con 1.618,000 pesos i el Banco Mobiliario, con 1.574,000 pesos. Como capital efectivo contaban: el primero, 509,000 pesos, el segundo, 665,000, el tercero, 976,000 i el cuarto 560,000 pesos.

En vista de estos datos, fácil es comprender la responsabilidad de cada cual de esos bancos i los servicios que prestan al crédito i a la industria en las proporciones de su capital o de su jiro, así como la mayor o menor confianza que ellos inspiran al público, dado caso que ésta se mida por el monto total de sus depósitos. No obstante, como la parte principal de sus transacciones se opera con moneda fiduciaria, esto es, con billetes pagaderos al portador, para estimar la garantía de esa moneda conviene advertir que la proporción del metálico i de las obligaciones es: en el Banco de Chile, de 12,42 por ciento; en el de Valparaíso, de 15,49 por ciento; en el de Edwards i C.*, de 23,9 por ciento; en el de Mac-Clure i C.*, de 6,63 por ciento; en el de Ossa i C.*, de 3,82 por ciento; en el Agrícola, de 13,48 por ciento; i en el Mobiliario, de 4,68 por ciento. En cuanto a la proporción de su dinero en caja i de sus billetes circulantes, ella es: en el Banco de Chile, de 68,14 por ciento; en el de Valparaíso, de 133,30 por ciento; en el de Edwards i C.*, de 19,42 por ciento; en el de Mac-Clure i C.*, de 66,33 por ciento; en el de Ossa i C.*, de 13,65 por ciento; en el Agrícola, de 54,86 por ciento; i en el Mobiliario, de 437,60 por ciento, porque hasta ahora este último no ha hecho emisiones, sea por no creerla necesaria, o bien, por no haberle aún llegado los tipos de billetes pedidos al extranjero.

VI.

Al hablar de la importancia de los establecimientos bancarios según su respectivo jiro, ya comprendeis, señores, que he venido a tocar, aun sin quererlo, la cuestión capital que envuelve el eterno debate sobre las restricciones o libertad de los bancos. En efecto, guardada por los nuestros la proporción que acaba de verse entre su emisión de billetes i su metálico en caja, ¿estará bastantemente asegurada la conversión de aquéllos? ¿Se correrá el
peligro de que puedan quedar insolutos si llega el caso posible de una crisis bancaria? Lo que es por hoi, yo no trepido en afirmar que a este respecto, la seguridad para el público es completa. Después de muchos estudios teóricos y de largas observaciones prácticas, las leyes de casi todos los pueblos que viven del crédito han fijado en un tercio, o sea en 33 por ciento, la proporción del metálico a los billetes circulantes de los bancos. I ya se ha visto que en los nuestros, el de Valparaíso ha tenido hasta 133 por ciento, el de Chile 68, el de Mac-Clure 66, el Agrícola 54 y así los demás; siendo de advertir que aquellos en que aparece más baja la existencia metálica son el de Edwards y C.ª y el de Ossa y C.ª, que justamente envuelven, aquél por la razón social colectiva y éste por su comandita, la sólida garantía del más entendido y opulento banquero sud-americano.

Fuera de que, los servicios que la moneda fiduciaria presta a las instituciones de crédito y a la sociedad toda son bastante notorios para que nos pusiéramos hoi a combatirla, como lo hacían antes entre nosotros el alto comercio y los tribunales y el gobierno. No se ignora ya que el principal de esos beneficios es la economía de la moneda acuñada, a la vez que el ahorro de trabajo y de tiempo y la mayor facilidad con que se hacen las transacciones. Pero, conocidas como son las garantías de nuestros bancos, fundados con fuertes capitales y administrados comúnmente con prudencia y tino, si sus emisiones se hiciesen demasiado abundantes hasta abatir a moneda fiduciaria respecto al valor en cambio de la moneda metálica, el reembolso de los billetes no se haría esperar, porque los tenedores acudirían en el acto a convertirlos y esto solo bastaría para que luego se restableciera el equilibrio. Es sabido, además, que la emisión de billetes está sujeta a las prescripciones de nuestra lei de bancos y que ella no es arbitraria, ni puede hacerse al capricho de los banqueros, sino que tiene forzosamente que armonizarse con el estado jeneral de los negocios y las exigencias ordinarias del cambio. En efecto, toda grande emisión de moneda fiduciaria que se añade a la moneda metálica aumenta en otro tanto la cantidad de unidades monetarias; pero si ese aumento no coincide con una extensión proporcional de las transacciones que exija el empleo de aquella moneda, resulta necesariamente que los billetes emitidos quedan ociosos y que viene a pedirse pronta e irremisiblemente su reembolso a la caja de los bancos.
Dedúcese, pues, de aquí que la necesidad, o más bien, la obligación en que están esos establecimientos de convertir sus billetes a la vista en plata u oro, es la verdadera garantía de las emisiones y que su límite no está sino en las exijencias del cambio y en la efectividad del contra-valor; representado en nuestros bancos por su capital efectivo y por la considerable extensión de sus depósitos y su ayuda mutua, circunstancias todas que les permiten hacer siempre sus reembolsos sin apuro ni dificultad. Aparte de esto y en lo jeneral, sus administraciones son bien avisadas, su contabilidad buena y su solvencia notoria. Nunca sus billetes han dejado de pagarse al portador, y gracias a esto, la suspensión del reembolso que se decretó temporalmente durante nuestra guerra con España, no solo no tuvo malos resultados, sino que fue justificable bajo todos aspectos e hasta útil al comercio y a la seguridad y tranquilidad públicas. Semejantes medidas son, sin embargo, peligrosas y ojalá que Chile nunca vuelva a verse en la necesidad de adoptarlas.

VII.

En seguida de los bancos de emisión, llega, señores, el caso de hablaros dos palabras de las otras sociedades anónimas, que, como sabeis, ejercen también grande influencia sobre la industria y los cambios, tanto por sus operaciones propias y por las obligaciones de cédulas que otorgan en préstamos, como porque sus acciones son hoy el campo cuasi principal de los negocios. Recibense muchas como moneda corriente por las cotizaciones de los correderos de plaza y su importancia es tal que, cuando ellas suben porque crece sus dividendos, el numerario decrece e baja el interés, habiendo llegado algunas a convertirse no solo en los más buscados objetos comerciales sino en verdaderas medidas del valor; lo cual es otra prueba más de los progresos del crédito aquí donde no había, hace pocos años, otros productos vendibles que el trigo y las vacas, ni más títulos negociables que los pagarés de aduana descontados por el gobierno al 12 por ciento, las obligaciones ejecutivas de particulares con dos buenas firmas y las escrituras públicas con hipoteca y fianza solidaria.

Indicados como quedan arriba los nombres e objetos de esas sociedades no pudiendo entrar aquí en el examen prolijo de todas ellas, volvía permíteme siquiera decir algo de las principales. Co-
mienzo por el "Banco Garantizador de Valores" que, como es sabido, se fundó hace siete años con fines análogos a los de la Caja Hipotecaria, bien que con una esfera de acción mucho más utilizable y más vasta. Segun la última memoria de su consejo administrativo, el resumen de sus billetes circulantes en 1º de mayo de 71 era de 8.333.600 pesos y el total de sus negocios montaba nada menos que a la suma de 18.054.813 pesos. Su jiro preferente ha sido el de préstamos hipotecarios a largos plazos y amortizables por dividendos iguales y pagaderos por semestres conforme a lo establecido para las transacciones de esa especie por la lei del 29 de agosto de 1855.

Lo que hai de notable en este banco es que su emisión de cédulas, que en 866 solo fue de 414.000 pesos, subió a 854.000 en el año 67 i desde entonces ha venido anualmente más que duplicándose, hasta alcanzar hoy a cerca de 9.000.000 de pesos. Pero si esto prueba, por una parte, el incremento cada día mayor de las especulaciones y del crédito en todo el país i especialmente en este acreditado banco, que ha convertido gran parte de los préstamos de la Caja Hipotecaria i da a sus deudores mayores facilidades, explícita también, por otra, la baja considerable que sufrió su papel a principios de este año i de que hasta hoy no se levanta por la desconfianza que naturalmente inspira el exceso de las emisiones. La de cédulas del 7 por ciento, que subió últimamente a 6.464.400 pesos, dejó a la sola Compañía de Lota una pérdida de 64.000 pesos en la realización de un préstamo de 800.000 pesos. Mientras tanto, si los adquirentes de esas cédulas han hecho un mal negocio comprándolas sin tener noticia de las emisiones excesivas, parece que éstas, lejos de dañar, han favorecido no poco a los accionistas i a los fundadores de la institución, según resulta de sus propios balances.

En efecto, señores, el capital nominal de esta sociedad alcanza a 900,000 pesos; pero la mayor parte de sus acciones son de garantía i su efectivo metálico llega solo a 200,000 pesos. Pues bien, si echais una mirada al cuadro que ella publicó con su balance del 30 de abril de 1870, vereis que esos 200.000 pesos, único capital verdadero que los socios entregaron en pago de sus acciones monetarias, les habían dado hasta ese día nada menos que 246.378 pesos por intereses, fuera de 43.149 pesos acumulados como fondo
de reserva. Ambas partidas hacen la suma de 289,527 pesos recibidos, en cinco años, como productos líquidos del capital de 200,000 pesos. Se ve, pues, que el "Banco Garantizador" ha sido espléndido para sus socios, y eso que no tomo en cuenta lo más que habría de corresponder a éstos en la suma de 559,967 pesos que deben percibir más tarde como beneficios pendientes por operaciones hipotecarias efectuadas hasta aquella fecha. Yo indico solamente estos resultados y dejo a vosotros la apreciación de los hechos que los producen.

VIII.

Respecto a la "Caja Hipotecaria," que es la más antigua de nuestras instituciones de crédito y que, como he dicho, sirvió de modelo al "Banco Garantizador," solo tengo que observar que sus billetes, que al principio se cotizaban con descuento del 20 i hasta del 30 por ciento de su valor nominal, hace ya algunos años se venden con premio i se buscan i pagan como el papel más acreditado de la plaza, lo que yo no atribuyo sino a la circunspección con que desde entonces se gobierna el establecimiento. Después de atravesar una época difícil i de haber sufrido considerables pérdidas, recogió sus velas, salió de la tormenta con felicidad i hoy se ve en una de las emergencias de un mar bonancible i próspero. Sus billetes circulan en 5,000,000 pesos y su fondo de reserva, después de haber desaparecido con las bancarrota del 61, hoy alcanza aproximadamente a 200,000 pesos.

Fundada según el sistema de los bancos agrícolas alemanes, pero sin capital propio i sin mas garantía que la de su buena o mala administración, es innegable que esa Caja ha prestado a la agricultura i a la propiedad urbana servicios importantes, haciendo avances con hipoteca i a largos plazos que han permitido a la vez el desarrollo de las industrias i la multiplicación de los cambios. Sin embargo, si se quiere que el tiempo ella corresponda por completo a los fines de su institución, será forzoso dotarla de un fondo propio de responsabilidad que asegure sus operaciones, o bien que el Estado, que la fundó i la sostiene, garantice sus billetes a fin que éstos puedan negociarse con ventaja no solo dentro del país sino en el extranjero. Para el efecto, bastaría
con que se disentiese y aprobase un proyecto sobre el particular que duerme hace tiempo en las secretarias del congreso.

La prosperidad de estas dos instituciones de crédito ha traído la fustacación del "Banco Agrícola" i al mismo tiempo la del "Banco Mobiliario" de que hable poco há. El capital del primero de estos establecimientos, cuyo objeto está indicado por su mismo nombre, es de 976,000 pesos, i el del segundo, que tiene una esfera de acción no menos lata, ha sido últimamente elevado a 650,000 pesos. Aquél tuvo en el año un jiro total de 1,618,000 pesos i obligaciones para con el público importates 516,000 pesos, i éste un jiro de 1,574,000 pesos con obligaciones emitidas por 746,000 pesos. Ambos poseen su clientela especial i contribuyen cada cual en su esfera respectiva al desarrollo jeneral de los negocios i los cambios. No obstante, su jiro sería mucho mayor i más útil a los asociados i al país si se refundiesen los dos en un solo "Banco de Fomento" como parece que pronto lo acordarán los accionistas de ambos.

Con un capital harto mayor que el de aquellos establecimientos se fundó, hace dos años, la "Compañía esplotadora de Lota i Coronel." Su fondo social es de 5,000,000 de pesos i su objeto principal el beneficio de los vastos montos carboníferos que encierra aquella privilejiada parte de nuestra provincia de Concepción, así como la fundicion de cobres que se facilita con la baratura del combustible i la exención de derechos de que goza el mineral fundido en el sur. Tiene además la esplotacion de haciendas i buques de vapor i una gran fábrica de ladrillos a fuego. El montó de su jiro en el primer año ascendió a 6,730,260 pesos i, según la memoria presentada a los accionistas últimamente, la suma de utilidades que arroja el balance de la sociedad en este año, monta a 506,049 pesos. Este beneficio, así como el hallazgo de una nueva i estensa capa de carbon en Lota, ha hecho subir considerablemente la cotización de las acciones, que encontró en su oríjen algunas dificultades, al mismo tiempo que ha dilatado el porvenir de la empresa en el principal de sus ramos i acrecentado considerablemente el valor de la negociación.

Respecto a la "Compañía chileña de Depósitos i Consignaciones," podría estenderme mucho, no en atencion a su importancia presente, sino a la que creo tomará en lo futuro por la eficacia de...
su objeto ideal sus medios de acción. Ellos son susceptibles por sus estatutos de grande elasticidad; i facilitándole la extensión de su jiró, la harán tomar en breve considerable influencia en el desarrollo de las transacciones que mas afectan a la agricultura i a la industria nacional. Su capital suscrito es de 2,000,000 de pesos, pero su haber social efectivo alcanza solo a 244,000 pesos, suma demasiado exigua i que será preciso aumentar por nuevas cuotas salvo que los accionistas prefieran fusionar la Compañía con otras análogas, como ya lo indicó su consejo en la memoria que acompaña al ultimo balance, lo que permitiría salvar los inconvenientes de la competencia i, con los mismos gastos, abordar negocios injentes que la escasez de sus recursos actuales no le permite por ahora asometer.

IX.

Pero volviendo, señores, que esta rápida ojeada se prolongaría demasiado si yo habiera de entrar en detalles sobre todas las sociedades constituidas en Chile con arreglo a la lei de 1854, sean empresas de acarreo, como los ferrocarriles de Copiapó i de Valparaíso i Coquimbo, o compañías de navegación a vapor o de carruajes, etc., sean sociedades de seguros, como la "América," la "República," la "UnionChilena" i la "Nacional;" de industria como la del "Gran Hotel Santiago," "la Esplotadora" i la "Riqueza de Civacoles," etc., o establecimientos de crédito tan respetables como el "Banco de Valparaíso" y el de "Edwards i C.", o simples sociedades bancarias de préstamos i descuentos, como existen en a capital i las provincias, porque en mayor o menor escala todas ellas corresponden a su objeto i todas concurren al desarrollo de la producción i a la mejora de los negocios del país en sus respectivos ramos.

Bastante deciros que, aunque la organización societaria sea un progreso nuevo para nosotros, las acciones de esas sociedades anónimas cotizadas en el mercado de Valparaíso a mediados de este año, según el cómputo de los bancos i de los corredores de comercio mas acreditados, tenían por si solas un valor nominal de 47,950,000 pesos i un valor efectivo pagado de 25,613,000 pesos, vendiéndose todas, por término medio, con un premio aproximativo de 24 por ciento. Agréguese a esto que había entonces
proyectadas i en camino de formarse otras nuevas sociedades con un valor nominal de 21.000.000 de pesos, i eso sin tomar en cuenta las que se han constituido después sobre el salitre i las explotaciones arjentíferas de Caracoles, cuyo valor, según la estadística bancaria, no baja al presente de 14.000,000 de pesos. Por manera que solo en las acciones de compañías de diversas especies que se negocian en esta capital i en el vecino puerto, tendríamos representado un valor aproximativo de 61.950,000 pesos!!! ¿Qué otra prueba mejor ni más clásica podría darse de los adelantos del país en materias de asociación, de riqueza i de industria?

Nuestro progreso agrícola ha nacido, puede decirse, de esas sociedades. Los ferrocarriles han suprimido las distancias, i uniendo a las provincias, han creado la vida de las relaciones i del cambio. Los caminos se han mejorado i con ellos los medios de locomoción i conducción, hasta hacer de nuestros mercados del interior i del litoral otros tantos centros de venta i de consumo accesibles aun a los productos mas lejanos. A favor de estos progresos i gracias al comercio de exportación, las industrias se han desarrollado i la agricultura ha tomado un vuelo realmente extraordinario. Los salarios se han doblado i esto solo, ha sido uno de los grandes beneficios del progreso jeneral, porque, cuando la riqueza aumenta, la parte atribuida al capital es siempre menor que la que se atribuye al trabajo, i de ahí ha nacido la mejor condición que hoy tienen nuestras clases pobres i la baja del interés del dinero, que, difundiendo el crédito, ha permitido abordar negocios desconocidos antes i que hoy contribuyen no poco al incremento de la fortuna individual i pública.

Pero lo más importante del progreso agrícola ha sido la introducción i multiplicación de las máquinas de labor tan justamente preconizadas por el órgano de nuestra Sociedad Nacional de Agricultura. Para hacer frente al alza de los jornales a la vez que a las exigencias de un cultivo mayor i de una producción mas extensa, nuestros agricultores han tenido que apelar a la mecánica i que pedir a las máquinas, que ahorravan tiempo i brazos, la ejecución de trabajos que antes se hacían por medios mucho más imperfectos i costosos. La necesidad por una parte, i por otra la lei del progreso han compelido, pues, a nuestros hacendados a entrar en esta excelente via, i ojalá que cada día hagan en ella nuevos
adelantos, porque toda máquina multiplica la producción y la mejora sin imponer al hombre otro cuidado que el de dirigirla y utilitzarla. Los Estados Unidos han conocido esta verdad hace mucho tiempo y a ella deben su inmensa prosperidad agrícola. Para su uso y para el espádago, fabrican millones de esas máquinas y en un libro que acabo de leer veo que una sola variedad de esas máquinas, "la segadora" (moissonense), corta cada día en aquel país "ochocientas mil hectáreas de trigo en yerba," o sea, un sembrado de cereales tan étnneo como toda nuestra provincia de Colchagua. Así y solo así se explica las cosechas casi fabulosas de aquella privilegiada porción de nuestra América.

Ahora, para juzgar de los adelantos de nuestro comercio, basta ojear la "Estadística Comercial" de estos últimos años. En la que acaba de dejar a luz la oficina del riego en Valparaíso, aparece que al año de 1860 entraron y salieron de los puertos de Chile 4,873 buques con 1.759,845 toneladas de registro, al paso que en 870 el movimiento ha sido de 10,315 buques con 5,017,540 toneladas, lo que hace que en diez años se haya nada menos que cuádruplicado el movimiento mercantil del país.

Mas menos igual ha sido en este tiempo el desarrollo de las importaciones y exportaciones. Las primeras crecen progresivamente la población y el aumento de la riqueza; pero las segundas han subido en el decenio último en una progresión mucho mayor. De 1850 a 1860 el término medio de la exportación anual fué de 18411,738 pesos, mientras que desde 60 a 70, ese término medio ha subido a 22.726,351 pesos por año.

Tomo con alegría un solo artículo, el trigo, por ejemplo, su exportación ha sido en 1870 de 256,023,643 kilogramos, cuando el año de 1860 no alcanzó ni a la cuarta parte de esta suma. Sucedo lo propio con la cebada, la linaza, el cáñamo, la seda, el vino y hasta con la moneda acuñada, cuya exportación crece como la de los otros artículos y también por las circunstancias del cambio. En 866 ella fué de 101,000 pesos, en 868 de 1.052,000 y en 869 nada menos que de 1.816,000 pesos en oro y plata. El único artículo cuya exportación no marcha en aumento progresivo y rápido es el cobre, y esto es por la baja que ha tenido en Inglaterra y por el derecho que paga a su salida del país. Su precio, que en 860 fué de 525 pesos la tonelada, bajó en 870 a 348 pesos, lo que hace un
menor valor de 177 pesos en tonelada para el productor. Esta considerable diferencia, así como el derecho aquél, no han podido menos de disminuir mucho la producción i esportacion del artículo, bien que el alza que hoi tiene en los mercados de Europa i que parece sostenerse, volverá a esta importante industria el estímulo de que tanto necesita para mejorar su situación actual.

Lo dicho sobre estos puntos basta para mi propósito. No obstante, confesaré que a mi juicio i en prevision de emergencias no solo posibles sino probables, la disposicion de los incs. 1.° i 2.° del art. 16 de nuestra lei de sociedades anónimas debería hacerse estensiva a los administradores de esas sociedades, que según el art. 32, no son responsables sino de la ejecucion del mandato que reciben, pero que por el hecho de sujestion "no contraen responsabilidad personal ni solidaria relativamente a las obligaciones de la sociedad." Nosotros diríamos: mejor retribución del trabajo de los jerentes o administradores i gruesas fichas de presencia para las sesiones de los consejeros, pero prohibicion absoluta de todo negocio en participacion con la sociedad i, sobre todo, responsabilidad mas efectiva i completa para con los accionistas i para con el público. En cuanto a los bancos de emision, agregaremos que seria muy conveniente la puntual publicacion de los balances mensuales que hoi se retarda contra lo prevenido en el art. 8.° de la lei de bancos, i tambien que cuanto antes se lleve a cabo la comprobacion de los libros, cajas i cartera de que habla el art. 13 i que debe hacerse por un ajente especial que nombrará el presidente de la República. Nótese, sin embargo, que al hablar de responsabilidad, nada digo yo de los asociados, sino que trato solo de los directores o jerentes, de la administracion de las sociedades i de su consejo; porque la responsabilidad ilimitada i absoluta de los accionistas importaría nada menos que la muerte del espíritu de asociacion. I ¿quién querría esta muerte, señores, en presencia de las grandes i marabillosas creaciones que nuestra época debe a la asociacion de capitales i que el porvenir no puede sino estender i multiplicar?

X.

Los hechos i cifras que he presentado a vuestra consideración demuestran, me parece, de una manera evidente el desarrollo es-
traordinario del país en lo relativo a la marcha de la riqueza y del crédito. Todo ello ha sido la obra de pocos años, durante los cuales la producción ha incrementado notablemente, ha duplicado la propiedad, el trabajo se ha visto mejor retribuido y la osadía de la especulación y el anhelo de fortunas han permitido no solo mejorar lo poco que teníamos, sino abrir a la industria y al comercio nuevos horizontes, abordar grandes negocios, suscribir empréstitos y acometer en lo moral y lo material, en lo social y hasta en lo político empresas que hace poco se reputaban colosales y aun quiméricas. Mucho queda todavía por hacer a la generación actual a las que la sigan en la cadena de los tiempos. Haríamos imperfecciones y haríamos miserias si no estuviéramos allí. Basta decir que de 300,000 niños que tenemos en estado de recibir educación, solo se educan 59,885 y viven y mueren los demás en una completa ignorancia; basta decir que de los 2,936 criminales que acusa nuestra estadística del año pasado, el 77 por ciento de los hombres y el 86 por ciento de las mujeres hacen una infracción de toda instrucción.

Aparte de esto, es un hecho que la organización actual de nuestra sociedad no corresponde todavía a los grandes principios proclamados cuando nos emancipamos del despotismo español. Aunque hemos adelantado mucho, es indudable que los progresos de la instrucción y de la libertad, de la beneficencia y de la igualdad, del trabajo y la seguridad indispensables al ciudadano, todavía no están a la altura de los preceptos consagrados en estas materias por la ciencia y que sirven de base a la república verdadera. Por eso es que como una tarea inagotable para los buenos patriotas, sean legisladores o gobernantes, diaristas o maestros de escuela, estadistas o simples particulares, siempre queda en pie la fórmula o sea el objeto de la sociabilidad, que no es otro que "la mejora incesante i progresiva de la clase mas numerosa," que aquí, como en todas partes, es la más desgraciada y la más pobre. I claro está, señores, que cuanto hayamos hecho o podamos hacer en este sentido, cuanto hagan la administración o las leyes por mejorar la condición del campesino y del roto, del gañán i del proletario, será siempre el bien mayor y el más fructífero en resultados para nuestro país, porque nos asegura la paz i el bienestar común al anando los inconvencientes de la desigual distribución de la riqueza y del saber en los individuos
i en los pueblos. Pero estamos en la obra, señores, y no os fal- 
tan ni recursos ni voluntad. Nuestro país es joven, y dada su 
situación actual, sería un fenómeno que se detuviese en la carre-
ra de sus progresos, iniciada por el trabajo y continuada bajo 
los auspicios del crédito, la ciencia y la libertad.

Pero ¿hasta cuándo durará este período de adelanto i prosperi-
dad que venimos atravesando?

Gracias al cielo, señores, el desarrollo de nuestros recursos gene-
rales no parece un accidente transitorio sino que es con ver-
dad un efecto lógico de causas normales i permanentes. Para com-
prenderlo basta ver la topografía del país, sus producciones i 
su estadística de ayer i de hoy. Sus progresos graduales pero si-
multáneos, rápidos unas veces, lentos en otras, está visto que no 
se suspenden, sino que van cada día en aumento, porque son el 
resultado de circunstancias naturales i como características de la 
nación. Puede acontecer, sin embargo, que en más o menos tiem-
po ellos suban de puuto o acaso se retarden, porque todos los 
pueblos i principalmente los que viven del comercio i del crédito 
cuentan largos períodos de alza continua, para atravesar después 
otros más cortos que se llaman de crisis, durante los cuales la 
producción i los cambios quedan en una especie de parálisis, que 
los obliga a una liquidacion parcial para permitirles en seguida 
tomar un vuelo nuevo i superior al que habian tenido hasta en-
tonces.

No es difícil que esto suceda entre nosotros, visto el carácter de 
los negocios de hoy i el empuje cada vez mayor de las especulacio-
nes aleatorias. Según el éxito de éstas, así serán los resultados, 
pero aun en caso adverso, nunca librariamos peor que en 1861.
Recuérdese que la crisis de ese año cerró el primer período de 
nuestra prosperidad, que databa de los venturosos tiempos de Ca-
ifornia i de Australia. Los malos negocios se realizaron i redujose 
la confianza. Valores i propiedades cambiaron de dueños; i con-
vencidos los hombres de que nada ayuda tanto a remediar los ma-
les como remontar a las causas que los han producido, se investigó 
i reflexionó i vino a descubrirse que a veces la imprudencia exce-
siva i a veces la incapacidad o la mala fé, habian abusado del 
crédito hasta un punto que nuestras leyes, como las de todos los 
países cultos, repriman i castigan. La liquidacion se hizo enton-
ces con no pequeños sufrimientos i dificultades, pero el país no
quedó aniquilado ni empobrecido, sino que, al contrario, cobran
do nuevos bríos i dando mayor impulso a sus fuerzas produc-
toras, ha visto a las industrias i al tráfico doblar en un decenio
las rentas i los capitales, la produccion i la riqueza general.

Con todo, si esto último era posible, no era en manera alguna
probable que los resultados del fenómeno se vieran tan pronto,
porque esos períodos de gran prosperidad como el de las especu-
laciones californianas, seguidos de ordinario por crisis comerciales
o industriales, no se observan comúnmente sino en los pueblos
que hacen grande uso del crédito i nosotros solo habíamos conoci-
dor abusos. Los negocios al contado nunca dan lugar a pertur-
badones semejantes, como que ellas nacen solo de las especu-
laciones a plazos. Pero aunque últimamente éstas se han hecho
entre nosotros en mucha mayor escala que antes del 61, puede
sostenerse con toda verdad que así como los excesos del crédito
nos trajeron la crisis de aquel año, así también el crédito curvarda-
mente practicado ha venido a reparar nuestro quebranto i a res-
tablecer sobre una base sólida las transacciones i la fortuna del
país.

Las necesidades de la industria han demandado nuevos medios
de acción i requerido el empleo de vastos capitales que solo po-
dían reunirse mediante la asociación. Así es como el crédito se
ha fundado i consolidado i así es también como las compañías de
todo jénero han venido formándose; así es, por fin, como las leyes,
espresión de las exigencias sociales, han venido reglamentándose
i perfeccionándose hasta ponerlas en el estado que hoy tienen;
Para ello no han sido precisos largos estudios ni mucha invenci-
on. Una ligera observación de los hechos ha bastado para que
nuestra lei de sociedades, que no es sino la lei francesa con algu-
nas breves modificaciones requeridas por las circunstancias del
país, viniese a satisfacer cuasi por completo las necesidades sen-
tidas en el particular, i a ella debemos los beneficios que han
venido a prestarnos esas sociedades, sirviendo a la vez al comer-
cio i a la produccion, facilitando el tráfico i los cambios i creando
por todos estos medios una masa de capitales mucho mayor i
mas útil que los medios mismos que han servido para producirlo.
Además, la asociacion que tantos bienes ha traído en lo jéneral,
también en lo particular trae la ventaja de conferir a los asociados
una intervencion mas directa en sus negocios, desperta su inteli-
jencia i sus facultades administrativas, les hace vijilar el empleo de sus propios recursos i les da el conocimiento de las cosas i de los hombres que tanto se necesita en el curso de la vida. I claro está que mientras mayor extensión tiene el crédito bajo un sistema semejante, tanto mas aprovecha a la sociedad ese sistema, con tal, se entiende, que no se le saque de su esfera propia, que no se abusse de sus medios de acción i que éstos se empleen sobre todo con inteligencia i probidad.

XI.

Pero, ¿qué cosa es el crédito, señores, i cuál debe ser la moralidad de la riqueza que él ha contribuido a producir en la República?

Los hechos mismos que acabo de recordar responden a la primera de estas cuestiones i prueban que el crédito no es otra cosa que la confianza, o sea, la certidumbre de que toda obligación contraída se cumpla con puntualidad. Todo documento o pagaré a plazo, toda promesa de cubrir cierta suma en un día dado, todo contrato o título de valor que circula, como numerario porque se da i se recibe en pago, hé ahí lo que constituye el crédito. Pero el crédito, todos lo saben, no es útil sino en tanto que los que lo acuerdan i lo reciben no se engañan, esto es, en tanto que el capital prestado o flado para administrarlo se devuelve con exactitud. De otra suerte el crédito no se mantiene i por eso es que todo aumento de crédito supone un sentimiento jeneral de bienestar, al paso que la falta de crédito viene siempre acompañada de desconfianzas i penurias, como que, temerosos los hombres de perder su capital, lo esconden, retraenose de los negocios i sobrevienen pánicos como el de 61 o como el que sucedió al bloqueo de nuestros puertos por la España el año 65.

Sin embargo, el crédito, señores, no es solamente la transferencia de un capital de mano en mano: es también una adición al conjunto de valores cambiables; i aunque no hace de suyo el milagro de los panes del evanjelio, pues no convierte uno en diez ni siquiera uno en dos, promueve no obstante el desarrollo de las riquezas hasta un punto que el cambio i el metálico por si solos no habrian jamás alcanzado. Más claro, el crédito no posee un poder productivo directo, pero allana, sí, la producción i la incrementa como los consumos, pues quien lo goza tiene el poder de emplear-
lo para negociar o para consumir. De la misma manera, los pape-
les de crédito no aumentan en rigor la riqueza del país; pero alientan las industrias y facilitan extraordinariamente los negocios así como la producción y los cambios.

Por eso, señores, marcabas poco há la diferencia que hay entre las operaciones al contado y a plazo, por más que se crea que esto peca de vulgar. En aquéllas se compra un objeto, se paga su valor en plata u oro, y asunto concluido; al paso que en éstas el negocio se hace a un término dado y se paga con documentos, es decir, con crédito. De ahí es de donde nacen las diversas especies de crédito que todos conocemos: el crédito de las corporaciones o individuos, sean comerciantes o especuladores, que hacen plata o productos de sus pagarés; el crédito de los capitalistas o banque-
ros particulares, que prestan o descuentan con cheques o vales suyos a la vista o a plazo; y el crédito, mucho más vasto, de los bancos de emisión, que gozan solos del privilegio de acuñar moneda de papel. Todos operan de diverso modo; pero cada cual de ellos concurre, en su esfera de acción, a formar y sostener eso que se llama el crédito general que tanto bienes ha hecho entre nosotros en estos últimos años y que es como la base del crédito público o sea el crédito de los gobiernos.

XII.

Entro ahora a mi última cuestión, porque después de hablar de la riqueza y del crédito nada más propio que decir dos palabras sobre el uso a que de ordinario se destinan. Sabéis, señores, que todo el que posee una fortuna libre e lejosilumosamente adquirida puede emplearla como quiera; pero su uso puede ser bueno, malo o indiferente, y por eso los preceptos de la moral son en este punto tanlo más necesarios cuanto que la leí positiva es completamente muda. Sabéis también que todos nuestros gastos son personales, industriales y de beneficencia, i que es propio de los primeros consumir el capital, de los segundos reproducirlo y aumentarlo y de los terceros satisfacer las necesidades de los desvalidos o menes- terosos.

De estas dos últimas clases, de gastos nada tengo que decir. Pero en cuanto a la primera clase, si son a tada luz buenos los gastos que hacemos para conservar y aumentar nuestra vida y la de nuestras familias, yo creo que no lo son absolutamente los gas-
tos excesivos, los que se hacen para pagar servicios contrarios a la moral, ni menos todavía los gastos de lujo que, para ser mejor comprendidos, llamaré yo de pura ostentación. Sin desconocer en lo menor ni la caridad ni la labiérnidad de nuestro país, i sin negar los sacrificios que él ha hecho i hace cada día a la beneficencia i a la industria, forzoso es, sin embargo, confesar que los gastos puramente personales son aquí los mas considerables i que entre ellos los de fausto i pura ostentación ocupan un lugar muy preminente.

Según nuestra Estadística Comercial, Chile es uno de los mejores mercados para la Francia. Ella es la que más provee a nuestro consumo después de Inglaterra i solo nos envía artículos de gusto, pero nunca o cuando mas en muy pequeña escala, los que se llaman de primera necesidad i para el uso del bajo pueblo. Así se explica el lujo realmente deslumbrador de nuestra alta clase i que se exhibe no solo en palacios espléndidos, sino en muebles, trajes, coches, joyas, fiestas i a veces hasta en bagatelas que no procuran ningún goce directo, pero que tienden a dar una opinión elevada de la opulencia i liberalidad de los que las poseen.

La importacióu de mercaderías francesas en Chile fué en 1870 de 6.054,311 pesos, subiendo el total de las importaciones en ese año a 28.224,139 pesos, lo que da cerca de una cuarta parte del consumo jeneral del país a las solas mercaderías traídas de Francia. Esto hace que el comercio franco-chileno se haya quintuplicado desde 1860 hasta la fecha.

Algo parecido nos sucede con Inglaterra, cuyo comercio con Chile es hoy cuatro veces mayor de lo que era diez años atrás. Pero no debe olvidarse que la mayor parte de los envíos de ese país son de objetos de primera necesidad, como géneros blancos i quiriones, bayetas i driles, o con carácter rep-ductivo, como las máquinas e instrumentos de agricultura i minería, etc.

Nuestro comercio con Estados Unidos viene decayendo gradualmente desde 1856. Ese año alcanzó a 3.000,000 de pesos; pero en 1870 ha descendido a una cifra doce veces inferior a aquella, algo como 250,000 pesos.

Igual cosa sucede con Alemania. En 1857 nuestro comercio con este país llegó a su máximo, que fué de 941,000 pesos, pero desde entonces ha venido declinando hasta quedar el año 70 en la insignificante suma de 126,911 pesos.
Atendida la importancia y variedad de la producción de estos dos últimos pueblos, yo no sé cómo explicar la decadencia de su comercio con Chile. La estadística oficial tampoco ha sabido darse cuenta de este fenómeno. No obstante, de los datos suministrados respecto a las importaciones de Francia e Inglaterra, resulta claramente que, si los consumos jenerales de nuestro país han incrementado a la par con su población e su riqueza, han subido mucho más aún nuestros consumos de muebles y menajes de casa, ochoes, tapices, vestidos, alhajas, estatuas, cuadros, objetos de adorno e demás productos de la industria francesa, que son no solo de moda e de gusto sino en su mayor parte de lujo e ostentación.

Yo confieso, señores, que cada día me sorprendo más i hasta me duele lo que noto a este respecto, sobre todo en Santiago. Ciertamente que ha aquí gran riqueza i prosperidad; pero también las hai mucho mayores en otros pueblos, que, sin embargo, no invierten en objetos de lujo ni la mitad que el nuestro. Yo he pasado, señores, algunas semanas en Florencia cuando era la cabeza del reino de Italia, y puedo aseguraros que no he visto allí, ni con mucho, lo que veo en Santiago. Digo mas todavía, e es que la ostentación e el lujo son mayores, incomparablemente mayores, en Santiago que en Paris, Berlin i Londres, atendidos, se entiende, los recursos e la densa población de esas grandes capitales.

Pero, la moda! se dirá. La necesidad de no ser unos menos que los otros! I luego, los grandes inversiones del fausto e la opulencia hacen prosperar al comercio i las industrias! Mas, ¿qué precisión tienen las gentes cuerdas de vivir como viven las que no lo son? ¿Qué provecho reportan de malgastar sus dineros en cosas que no les traen goce positivo ni a ellas ni a sus familias? Diceis, señores, que esto es predicar en desierto i que hacer sobre ello reflexiones i dar consejos es algo tan perfectamente inútil como escribir en el agua. Yo no lo creo. así i pienso, al contrario, que la reforma a este respecto es fácil i hacedera con solo algunos pocos i buenos ejemplos. Oídme, señores, un momento mas.

Si las familias ilustradas que dan el tono a nuestra sociedad se convencen de las ventajas de un cambio i quieren ser algo más modestas, las otras al instante las imitarán: cesará la competencia entre los ricos e los que no lo son tanto; habrá en jeneral más moralidad e mas bienestar; las clases pobres surgirán por el tra-
bajo, la economía y la instrucción, y el país aumentará su riqueza y su poder mediante inversiones más reproductivas, y sobre todo, más cuerdas que las de este último tiempo. ¿No habéis visto ayer mismo, señores, pagar 76,000 pesos por las llaves, esto es, por el derecho de preferencia para poder alquilar los palcos del teatro municipal cuando esté concluido y entregado al público? Esto lo hacen solo los ricos, señores. Y para qué decir otras cosas ni insinuar tampoco debilidades y miserias de aquellas que cada día operan en las otras clases de la sociedad el fausto y la ostentación?

Por eso, señores, aunque sea trivial esto de hablar contra el lujo, yo creo que conviene combatirlo siempre y en donde se pueda y os invito a verificarlo con vuestra pluma y vuestra palabra, en vuestras casas y las de vuestros amigos, porque los gastos de esa especie son los peores a que puede prestarse al abuso de la fortuna. “La posesión de las riquezas (ha dicho un sabio miembro de esta Facultad) confiere un gran poder y por consiguiente impone una grave responsabilidad. Cada cual responde de la satisfacción de sus necesidades y de las de su familia; pero también responde del deber en que está de dar a su fortuna una dirección útil. Honremos, pues, el juicioso empleo de las riquezas, porque él es de un provecho grandísimo para la sociedad. Emplear para nosotros y para ella toda nuestra actividad y nuestro poder, hé ahí el objeto de la vida social y de todos los preceptos morales relativos al uso de la fortuna.”

XIII.

Ahora, señores, una palabra mas sobre los usos del crédito, y concluyo. De él debe decirse lo que de la riqueza: puede emplearse bien o mal. Pero es indudable que, cuando sucede lo primero, la sociedad gana tanto como pierde cuando acontece lo segundo. Sobran hoy entre nosotros las industrias a que puede consagrarse ventajosamente el crédito; pero sobran también, por desgracia, los negocios aleatorios que, arruinando a unos, levantan como por encanto el haber de los otros. Por mi parte, yo creo que la moral y la ciencia deben aceptar y menos encarecer negocios semejantes, que si pueden ser ruinosos para los individuos, pueden traer también una perturbación a la sociedad por las mancomunidades del crédito y por los distintos servicios de garantía que están prestando en los bancos unos mismos valores.
Todos hemos visto en este último tiempo, que el ajo ha entrado con fuerza en Chile y que surje y prospera haciendo como es natural algunas víctimas; pero hemos visto, así mismo, que la multiplicación de las transacciones eleva la propiedad, fortifica las industrias y dobla la energía de la producción. En el semestre que concluye la fiebre de los negocios ha sido tal que ha hecho alzar casi todos los valores, y ha causado como una revolución en los títulos de crédito y hasta en el metálico, porque la plata y el oro no han sido bastante manejables ni bastante rápidos para corresponder al ardor de la especulación. Por fortuna, tratándose hoi principalmente de empresas mineras, ya sean de plata, como las de Caracoles, o de carbon y salitre, como las de Coronel y Picasaguá, lo que ellas rindan vendrá en definitiva a acrecer la riqueza nacional. Como lo que cuestan no sale de Chile, es claro que siempre ganará éste el total de sus productos netos, aun cuando los empresarios pudieran haber hecho negocios más rentables o tal vez a pura pérdida.

Pero sea lo que fuere del ajotaje y de los negocios aleatorios, hai, señores, en el día un hecho que honra altamente a nuestro país y es la puntualidad en los pagos y la exactitud en el cumplimiento de los contratos, cosas ambas que antes no entraban en las costumbres comerciales de Chile. Hoi generalmente los compromisos se cumplen, no hai atraso en los deudores, las carteras de los bancos no están repletas, como en otro tiempo, de pagarés atrasados o incobrables, i esto ha hecho que se aumente la confianza en los hombres i en los negocios i que haya podido darse mayor impulso a la actividad industrial i comercial que hoi anima a toda la República.

Gran parte de este beneficio se debe, señores, al crédito i a la masa de capitales que han desarrollado las sociedades anónimas. Por eso el legislador, el gobernante i el industrial, los patriotas, todos i principalmente los escritores que trabajan por el bien del país, no solo no deben perder de vista esas sociedades, en que todos tenemos alguna participación, sino que deben estudiar su marcha para tratar de perfeccionarlas i generalizarlas i para difundir lo más posible los servicios que ellas prestan al Estado. Las escuelas i los colegios, con sus métodos de enseñanza i sus exámenes, nos permiten medir el adelanto intelectual de la República; las casas de caridad i los templos, nos dan la medida de
la beneficencia i del espíritu religioso de nuestras poblaciones, vero las sociedades aquéllas, por su vasta esfera de acción i sus recursos, así como por el desarrollo extraordinario que cada día adquieren, son la única medida verdadera del crédito i de los adelantos industriales i comerciales de la nación.

Intimamente persuadido de esta verdad, yo no vacilo, señores, en afirmar que esas sociedades, obrando simultáneamente con la difusión de la instrucción popular i el empleo de la mecánica en la industria, han sido la causa motriz del vuelo que la riqueza i el crédito han tomado entre nosotros en estos últimos años. Lo sensible es que ellas no estiendan todavía sus beneficios a nuestras clases pobres i laboriosas, mediante el establecimiento de asociaciones cooperativas como las que se han formado en otros pueblos i especialmente en Francia e Inglaterra. Sabido es todo lo que por su medio han ganado allí el artesano i el obrero, que solo han sacado mayor fruto de su trabajo sino que hasta se han hecho más morales i mas fuertes, obedeciendo así a una lei de nuestra época que hace que todo hombre que se asocia con otros para el ejercicio de una profesión, se crea mucho mas obligado que antes a consagrarse a ella con una actividad cada día mayor i más fecunda.

I ¿cuánto bien no harían entre nosotros esas sociedades, asegurando el trabajo i el órden en la clase social menos afortunada, promoviendo la mejora material i moral de nuestros artesanos, acabando con la ebriedad i el san lunes i creando cajas de ahorro i de socorros mutuos para todos aquellos oficios o gremios compatibles con la asociacion? ¿No acabamos de ver en nuestros diarios la célebre carta que Sir Scott Russell, iniciador de la union entre la nobleza i la clase obrera de la Gran Bretaña, dirije a los respectivos comités de lores i trabajadores, explicando el origen i objetos a que hoi tiende el movimiento social de aquel país? I ¿por qué entre nosotros no podría hacerse otro tanto, cuando los medios de acción no nos faltan i cuando no tenemos aqui ni con mucho tan grandes exigencias ni tan graves dificultades que vencer?

Debe, sin embargo, tenerse presente que esas sociedades no son otra cosa que empresas comerciales o industriales i que en este carácter ellas, como las compañías anónimas, están sujetas a...
las mismas reglas de conducta que dirijen a toda negociación honorada. La capacidad de los directores, la precaución contra los engaños e il tráfico, el objeto para los contratos e la estricta sujección a los estándares y la ley, todo sabemos que son la base y el fundamento de tales asociaciones. En cuanto a los beneficios, tampoco debe olvidarse que la ventaja social está en no repartirlos sino en la menor escala posible, porque todo comercio tiene altas y bajas y si en tiempo de prosperidad se distribuyen todas las ganancias, en tiempos menos felices no habrá dividendos y las compañías sufrirán en su crédito ó no podrán impulsar su jiro por falta de capitales. Conviene, sobre todo, no alucinarse en el presente ni formarse esperanzas quiméricas respecto a utilidades futuras. Alentarías sería convertir la asociación en una utopía no menos peligrosa que irrealizable, porque no siempre los negocios se aciertan, y en los casos desgraciados, el desencanto vendría a saldar con pérdida las ventajas de la cooperación.

Ahora, en cuanto a la gestión de nuestras sociedades anónimas; no puede dejar de notarse que alguna de entre ellas, convirtiendo la confianza en sistema y haciendo a veces un uso exagerado del crédito, ha desviado de su verdadero fin el movimiento societario y sacrificado tal vez los intereses generales a la conveniencia individual o del momento, y yo creo que tampoco deben fomentarse estos abusos que siembran la desconfianza y minan por su base la solidez de las transacciones honoradas. Merece a ello es como se ha visto a los impacientes de la fortuna asegurar y probar con los hechos que, "en el manejo de esas sociedades, el negocio está solo en el dinero de los accionistas, e la inocencia del público." Así es también como a la sombra de procedimientos favorables en apariencia ar bien confían, se han levantado arbitristas que, como administradores o consejeros, obrando solo en beneficio propio, de la noche a la mañana se han convertido en millonarios. I cuidado, señores, que en estas materias el ejemplo es contagioso, pues aunque los maestros sean cortados, los discípulos, como los adoradores del becerro de oro, son en nuestro tiempo innumerables.

Esas perspectivas de lucro a toda costa tienen todavía otro inconveniente y es que desmoralizan los negocios y producen el disgusto e tal vez el menosprecio del trabajo. En efecto, ¿quién puede someterse a reunir lentamente y por economías y privaciones de toda especie, un pequeño peculio que asegure su pan y el de su
familia, cuando a cada paso encuentra hombres venturosos que por una coincidencia fortuita, acaso por escribir un papel o realizar una mala idea, se levantan de repente una fortuna? El remedio de esos males incumbe, lo repito, a las mismas sociedades anónimas e a sus estatutos, i sobre todo, a sus accionistas, que deben prevenir los excesos de jestión i fijar bien la responsabilidad de los administradores i jenentes; pero incumbe también a la lei, pues aunque la cuestión de reglar las responsabilidades sea del dominio puro de la convención particular, yo creo que respecto a terceros perjudicados hain en ello un alto interés de moralidad pública que legitima la intervención del legislador.

Mas, ¿de qué no se ha abusado i se abusa en este mundo? osL hombres rara vez podemos mantenerlos en la medida de lo justo i de lo útil, i por eso abusamos de todo, hasta de los principios más excelentes, hasta de las instituciones mas benéficas i santas. Pero sea de esos abusos lo que fuere, no puede negarse que aun a pesar de ellos, las sociedades que doblan las fuerzas i los capitales productivos son una forma de condensación i de expansión que contribuye mucho al desarrollo individual i social, i que en este sentido, ellas son como el eje del mundo moderno, algo como la balanza de Arquímedes, para levantar el progreso de los individuos i de los pueblos.

---

LEJISLACION COMERCIAL. — Necesidad de reformar la ordenanza de aduanas en la parte relativa a los tribunales de comisos. — Memoria de prueba para optar al grado de licenciado en la Facultad de leyes i ciencias políticas, por don Juan N. 2.° Jara.

Señores:

El código de hacienda es una rama importante de la legislación de un país. A su vez, las leyes de aduanas ocupan un lugar preferente entre las de hacienda, tanto por la importancia rentística de la materia que abarzan, cuanto por que rigen i reglamentan gran parte de las relaciones mercantiles.

Entre nosotros, aún las leyes de hacienda forman una especie de caos, diseminadas como se encuentran, unas en las reales cédulas i órdenes expedidas por los monarcas españoles,